

Estas sombras inquietaban al rey.

— Amigo, preguntó al postillón, ¿ qué gentes son esas que llevan el mismo camino que nosotros y que corren como desesperados?

— Excelencia, respondió el postillón, parece que hoy ha habido una batalla entre los napolitanos y los franceses, y que los napolitanos han sido derrotados; éstos son fugitivos.

— ¡ Por vida mía, dijo el rey á Ascoli, yo creía que éramos los primeros y nos han adelantado! ¡ Eso es humillante; y qué piernas tienen esos mozos! Postillón, eis francos de agujetas si los adelantáis.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1940. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPÍTULO III

Las inquietudes de Nelson.

Entretanto que en el camino de Albano á Velletri el rey Fernando apostaba á correr con sus súbditos, la reina Carolina, que no conocía aún más que los triunfos de su augusto esposo, hacía cantar el *Te-Deum* en todas las iglesias, y canciones en todos los teatros. Toda capital, París, Viena, Londres, Berlín, tiene sus poetas de circunstancias; pero, digámoslo para gloria de las musas italianas, ningún país, en cuanto á la lisonja rimada, puede competir con Nápoles. Parecía que desde la partida del rey y sobre todo desde su triunfo, su verdadera vocación se había revelado de repente á dos ó tres mil poetas. Aquella era una lluvia de odas, de cantatas, de sonetos, de acrósticos, de cuartetos, de dísticos que amenazaba convertirse en diluvio. Las cosas habían llegado al punto de que considerando inútil ocupar al poeta oficial de la corte, el señor

29965

Vacca, en un trabajo á que tantos otros parecían haberse consagrado, la reina le había mandado ir á Caserta, dándole el encargo de escoger entre las dos ó trescientas composiciones poéticas que llegaban diariamente de todos los barrios de Nápoles, las diez ó doce elucubraciones que merecieran ser leídas en el teatro. Sólo que, por una justa decisión de S. M., habiendo comprendido que es más fatigoso leer diez ó doce mil versos al día que hacer ciento, y aun cincuenta, habíase doblado el sueldo del señor Vacca por todo el tiempo que durase aquella recrudescencia de poesía.

El día 9 de Diciembre de 1798 había hecho época en medio de las laboriosas jornadas que le precedieran. El señor Vacca había despachado un total de novecientas composiciones diferentes. Una cantata, que puso inmediatamente en música el maestro Cimarosa, cuatro sonetos, tres acrósticos, un cuarteto y dos dísticos fueron considerados dignos de leerse en el teatro del palacio de Caserta, donde hubo aquella misma noche representación extraordinaria, poniéndose en escena los *Horacios*, de Domingo Cimarosa, y uno de los trescientos bailes que se han compuesto en Italia con el título de *Los jardines de Armida*.

Acabábase de cantar la cantata, de declamar las

dos odas, de leer los cuatro sonetos, los tres acrósticos, el cuarteto y los dos dísticos de que se componía la provisión poética de la función, cuando se anunció que acababa de llegar un correo, trayendo á la reina una carta que contenía noticias del *teatro de la guerra*, é iba á comunicarse al público.

Hubo aplausos, pidióse con insistencia la lectura de la carta, y el sabio caballero Ubalde, que se hallaba dispuesto á disipar al primer silbido de su varilla de acero los monstruos que guardan las cercanías del palacio de Armida, fué el encargado de dar á conocer al entusiasmo público el contenido del real billete.

Acercóse cubierto de su armadura, llevando sobre el casco un penacho encarnado y blanco, colores nacionales del reino de las Dos Sicilias; saludó tres veces, besó respetuosamente la firma, y luego, en alta é inteligible voz, leyó la carta siguiente:

« Mi querida esposa :

» Esta mañana he estado á cazar en Cornetto, donde se habían preparado para mí excavaciones de tumbas etruscas, que suponen remontan á la más remota antigüedad, lo que hubiera sido una gran fiesta para sir William, si no hubiera tenido la pereza de quedarse en Nápoles; pero como yo

tengo en Cumas, en Santa-Agata-dei-Gotti y en Nola, tumbas mucho más viejas que esas tumbas etruscas, dejé á mis sabios excavar á sus anchas y me fuí derecho á la caza.

» En todo el tiempo que duró esta caza, mucho más fatigosa y menos abundante que mis cazas de l'ersano ó de Astroni, puesto que no he matado más que tres jabalíes, uno de los cuales, que me ha des-tripado tres de mis mejores perros, pesaba en cambio más de doscientos rottoli: hemos oído cañonazos por la parte de Civita-Castellana; era Mack que se entretenía en derrotar á los franceses en el punto preciso en que nos había anunciado que los derrotaría, lo que hace, como veis, un grandísimo honor á su ciencia estratégica. Á las tres y media, hora en que dejé de cazar para volver á Roma, el ruido del cañón no había cesado todavía; parece que los franceses se defienden; pero eso no debe inquietarnos, puesto que ellos no son más que ocho mil y Mack tiene cuarenta mil soldados.

» Os escribo, mi querida esposa y señora, antes de sentarme á la mesa. No me aguardaban hasta las seis y media, lo que hace que, aunque el hambre me devora, no he hallado la comida lista y tengo forzosamente que esperar; pero ya veis que utilizo agradablemente esta media hora escribiéndoos.

» Después de comer iré al teatro Argentino, donde oiré *Il matrimonio secreto* y veré un baile, compuesto en mi honor, titulado: *La entrada de Alejandro en Babilonia*. Excuso deciros, á vos que sois la instrucción en persona, que es una alusión dedicada á mi entrada en Roma. Si este baile es tal como me aseguran, enviaré á Nápoles al que lo ha compuesto, para que lo ponga en el teatro de San Carlos.

» Aguardo esta noche misma la noticia de una gran victoria; os enviaré un correo inmediatamente que la reciba.

» Con esto, y no teniendo otra cosa que deciros sino que os deseo á vos y á nuestros queridos niños una salud semejante á la mía, ruego á Dios que os haya en su santa guarda.

» FERNANDO B. »

Como se ve, la parte importante de la carta desaparece completamente bajo la parte secundaria; hablábase en ella mucho más de la caza de los jabalíes que había hecho el rey, que de la batalla que había dado Mack. Luis XIV, en su orgullo autocrático, es el primero que ha dicho: *El Estado soy yo*; pero esta máxima, aun antes de que fuese materializada por Luis XIV, era ya, como después

lo ha sido, la de todas las monarquías despóticas.

Á pesar de su barniz de egoísmo, la carta de Fernando produjo el efecto que la reina esperaba, y nadie fué bastante osado en su oposición, para no participar de la esperanza de S. M., en cuanto al resultado de la batalla.

Concluído el baile, apagadas las luces y los convidados en camino para volver á sus hogares, la reina entró en su aposento seguida de sus amigos de confianza, que debían cenar con ella y pasar la velada en su compañía. Entre éstos, como puede suponerse, contábanse las damas de honor de servicio, Emma, sir William, lord Nelsón, el príncipe de Castelcicala y las princesas Victoria y Adelaida. Con éstas venía Mr. Bocchechiampe perteneciente á la nobleza de Córcega, y Mr. de Cesare, jefes de los corsos que componían la guardia de honor de las princesas. Aquella noche, de Cesare, que sólo contaba veintitrés años y que era un buen mozo, había añadido á su traje todo lo que había en su calidad de teniente, para lucir su airoso talle en palacio.

Sin embargo, su linda figura y su aire distinguido no fueron la causa del grito que se escapó á la reina al verlo y que fué repetido por Emma, Actón, sir William y por casi todos los convidados.

La causa de aquel grito era la sorpresa causada en todos por la extraordinaria semejanza que había entre Juan Bautista de Cesare y el príncipe Francisco, duque de Calabria.

De Cesare, que nunca había visto al heredero del trono, y que ignoraba el favor que debía á la casualidad de parecerse al hijo de un rey, turbóse al ver el ruidoso efecto que su entrada producía y con el cual no había contado; pero salió del atoladero diciendo que el príncipe le perdonaría la audacia involuntaria de parecersele, y en cuanto á la reina, como todos los vasallos eran sus hijos, no debía querer mal á los que, además de darles su corazón, se parecían á sus hijos.

Sentáronse á la mesa, y la cena fué alegre. Encontrándose en un sitio y una sociedad que les recordaba Versalles, las viejas princesas olvidaron poco á poco la pérdida de su hermana: uno de los privilegios del luto cortesano está en no ser negro, sino violeta, y en que no dura más que tres semanas.

Lo que daba más alegría á la reunión era la convicción general de que, según las noticias enviadas por el rey, á aquella hora debían estar derrotados los franceses. Los que no participaban completamente de esta convicción hacían lo posible por aparentarlo.

Sólo Nelsón, á pesar de los ardientes fluidos de que lo inundaba la mirada de Emma, parecía preocupado, y no tomaba parte en el coro de esperanzas con que los cortesanos acariciaban el odio y el orgullo de la reina. Carolina acabó por observar esta preocupación, y como no podía atribuirle á los rigores de Emma, concluyó por preguntarle la causa de su reserva.

— ¿Vuestra Majestad desea saber los pensamientos que me preocupan? preguntó Nelsón; pues bien, aunque mi franqueza desagrade á la reina, la diré que estoy inquieto.

— ¡Inquieto! ¿y por qué?

— Porque lo estoy siempre que se anda á cañonazos.

— Milord, dijo la reina, me parece que olvidáis de qué parte están vuestras simpatías en los que ahora se disparan.

— Justamente, señora, porque recuerdo la carta á que aludís, redobla mi inquietud, y si sucediera alguna desgracia á V. M. se trocaría en remordimiento.

— ¿Por qué la escribisteis?

— Porque me afirmasteis, señora, que vuestro yerno el emperador de Austria entraría en campaña al mismo tiempo que vos.

— ¿Y quién os ha dicho que no lo ha hecho ó que no lo hará?

— Si así fuera, ya sabríamos algo: un César alemán no sale á campaña con un ejército de doscientos mil hombres, sin que tiemble algo la tierra, y si ya no lo está, no podrá estarlo hasta el mes de Abril.

— ¿Pero no ha escrito al rey, preguntó Emma, asegurándole que cuando llegara á Roma, él se pondría en marcha?

— Sí, lo creo, baluceó la reina.

— ¿Habéis visto la carta con vuestros propios ojos, señora? preguntó Nelsón, fijando sus ojos grises en la reina, como si hubiera sido una mujer cualquiera.

— No; pero el rey lo ha dicho á Mr. Actón, dijo la reina baluceando. Por lo demás, aun suponiendo que nos hubiéramos engañado, ó que nos hubiera engañado el emperador de Austria, ¿habríamos de desesperar por eso?

— Yo no digo precisamente que debiéramos desesperar; pero temería mucho que el ejército napolitano solo no fuese bastante fuerte para sostener el choque de los franceses.

— ¡Cómo! ¿vos creéis que los diez mil franceses de Mr. Championnet pueden vencer á sesenta mil napolitanos mandados por el general Mack, que

pasa por ser el primer estrategista de Europa?

— Digo, señora, que toda batalla es dudosa, que la suerte de Nápoles depende de la que se ha dado ayer, y por último, digo, que si desgraciadamente Mack fuese derrotado, antes de quince días los franceses estarían en Nápoles.

— ¡Ay, Dios mío! ¿qué decís? murmuró la princesa Adelaida palideciendo. ¡Cómo! ¿tendríamos que volver á ponernos nuestros mantos de peregrinas? ¿Oís lo que dice milord Nelsón, hermana?

— Ya lo oigo, respondió Victoria, dando un suspiro de resignación; pero yo pongo nuestra causa en manos del Señor.

— ¡En manos del Señor, en manos del Señor! eso está muy bien dicho, religiosamente hablando; pero el Señor tiene en sus manos tantas causas como la nuestra, que debe faltarle tiempo para atender á todas.

— Milord, dijo la reina á Nelsón, á cuyas palabras daba más importancia de la que aparentaba; ¿apreciáis en tan poco nuestros soldados que teméis no puedan vencer á los republicanos, batiéndose seis contra uno, mientras que con vuestros ingleses los derrotáis con fuerzas iguales y aun inferiores?

— En el mar, sí, señora, porque el mar es nuestro elemento: nacer en una isla es nacer en un buque

anclado. En el mar, un inglés vale por dos franceses, pero en tierra es otra cosa; los franceses son en tierra lo que los ingleses en la mar. Dios sabe cuánto los aborrezco. Dios sabe que los hago una guerra sin cuartel; Dios sabe, en fin, cuánto desearía que esa nación impía, que reniega de su Dios y degüella á sus soberanos, estuviese en un navío, para irle al abordaje, aunque fuese con el pobre *Vanguardia*, mutilado y todo como está. Pero odiar á un enemigo, no debe impedir que se le haga justicia. Quien dice odio, no dice desprecio. Si despreciara á los franceses, no me tomaría el trabajo de aborrecerlos.

— ¡Vaya, querido lord! dijo Emma con aquel ademán gracioso que sólo á ella era peculiar; no seáis pájaro de mal agüero. Los franceses serán derrotados en tierra por el general Mack, como lo han sido en el mar por el almirante Nelsón... ¡Escuchad! oigo el chasquido de un látigo que nos anuncia noticias frescas. ¿Oís, señora? ¿Oís, milord?... Es el correo que nos ha prometido el rey.

En efecto, poco á poco se oyeron más cerca los chasquidos del látigo; mas, pronto distinguieron que no era un caballo solo, sino un coche el que corría. Todos se levantaron por un movimiento espontáneo y prestaron atención.

Actón, más conmovido que los otros, volvióse á la reina y la dijo :

— ¿ Permite V. M. que me informe ?

La reina le respondió haciendo con la cabeza un signo afirmativo.

Actón salió corriendo y atravesó los aposentos por donde el correo debía venir. Pero de repente dió tres pasos atrás, como herido por una aparición, y entró en la sala exclamando :

— ¡ El rey !

CAPÍTULO IV

Todo se ha perdido, incluso el honor

Efectivamente, á los pocos momentos entró el rey seguido del duque de Ascoli. Una vez en su palacio, y no teniendo ya nada que temer, el rey había recobrado su rango y pasado el primero.

Hallábase S. M. en una rara disposición de ánimo; el despecho que le inspiraba su derrota, luchaba en él con la satisfacción de haber escapado del peligro, y sentía esa necesidad de burlarse de todo que le era natural, pero que en las circunstancias en que se hallaba era más amarga que nunca.

Añadid á esto el malestar físico de un hombre, mejor dicho, de un rey, que acaba de correr sesenta leguas en un mal calesín, sin encontrar que comer, en un día frío y una lluviosa noche de Diciembre.

— ¡ Brrrú ! dijo entrando y frotándose las manos, sin parar la atención en las personas que estaban

presentes. Se está mejor aquí que en el camino de Albano; ¿qué te parece, Ascoli?

Y luego, viendo que los convidados de la reina se confundían en reverencias, añadió:

— Buenas noches, buenas noches; pláceme en extremo hallar la mesa puesta. Desde Roma no hemos encontrado un pedazo de carne que llevarnos á la boca. ¡Pan y queso, y en corta cantidad! ¡Uf! ¡qué malas son las posadas de mi reino, y cómo compadezco á los pobres diablos que tienen necesidad de ellas! ¡Á la mesa, Ascoli, á la mesa! Estoy rabiando de hambre.

Y sentóse á la mesa, sin reparar en el sitio en que se colocaba, y mandó á Ascoli se sentara junto á él.

— Señor, dijo la reina, ¿seríais tan bueno que calmaseis mi inquietud, diciéndome á qué debo la felicidad de vuestra inesperada vuelta?

— Señora, creo que vos me contasteis — de seguro que no fué San Nicandro — la historia de Francisco I, que después de no sé qué batalla, prisionero de no sé qué emperador, escribía á su señora madre una larga carta que terminaba con esta hermosa frase: *todo se ha perdido, menos el honor*. Pues bien, suponed que yo llego de Pavia — ahora me acuerdo del nombre de la batalla, — y

que no siendo tan tonto como Francisco I para dejarme atrapar, en lugar de escribiros, vengo á deciros yo mismo...

— ¡Todo se ha perdido menos el honor! exclamó la reina espantada.

— ¡Ah, no señora! dijo el rey con risa sardónica; hay una pequeña diferencia: ¡*Todo se ha perdido, incluso el honor!*

— ¡Ah, señor! exclamó Ascoli, avergonzado del cinismo del rey.

— Si el honor no se ha perdido, Ascoli, dijo el rey frunciendo las cejas y apretando los dientes, es porque no había mucho que perder. Dime, sino, ¿en pos de quien corrían aquellas gentes de á pie, tan ligeras, que pagando yo ducado y medio de agujetas, apenas podíamos dejarlas atrás? En pos de la vergüenza.

Todo el mundo callaba; porque, sin saber nada, lo sospechaban todo.

Y mientras decía esto, alargó el rey el tenedor y trinchó un faisán asado, del que hizo dos partes; puso una en un plato y dió á Ascoli la otra.

Viendo que todos, incluso la reina, estaban de pie, dijo:

— Sentaos, sentaos. Cenando mal, no mejoraréis el estado de los asuntos.

Echóse un vaso de vino de Burdeos y pasó la botella á Ascoli.

— ¡ Á la salud de Championnet ! dijo. Ese sí que es un hombre de palabra : prometió á los republicanos estar en Roma antes de veinte días y á los diez y siete ya estaba allí. Él sí que merecería beber este excelente vino de Burdeos, mientras que yo sólo merezco el *peleón*.

— ¡ Cómo, señor ! ¿ Qué estáis diciendo, exclamó la reina, Championnet está en Roma ?

— Tan cierto como yo en Caserta. Pero me consuelo pensando que no habrá sido allí mejor recibido que yo lo soy aquí.

— Si no se os ha hecho el debido recibimiento, debéis atribuirlo á la sorpresa que nos ha causado vuestra presencia en el momento en que menos esperábamos la dicha de veros. Apenas hace tres horas que he recibido una carta en que me anunciabais un correo que debía traerme noticias de la batalla.

— El correo soy yo, replicó el rey, y las noticias helas aquí; nos han derrotado completamente. ¿ Qué decís á esto, milord Nelsón, vencedor de vencedores ?

— Media hora antes de que V. M. llegase, manifestaba mi temor de una derrota.

— Y ninguno de nosotros quería creerlo, señor, añadió la reina.

— Lo mismo sucede á todos los profetas, y sin embargo, Nelsón no es profeta en su tierra. De todos modos, él ha estado en lo cierto.

— Pero, señor, ¿ y los cuarenta mil hombres con que Mack aseguraba que aplastaría á los diez mil republicanos de Championnet ?

— Mack no era profeta como milord Nelsón, puesto que son los diez mil republicanos de Championnet los que han aplastado á los cuarenta mil hombres de Mack. ¿ Qué te parece, Ascoli, si el Papa, aceptando mi invitación, se ha apresurado á ir á Roma en alas de los serafines para pasar la Pascua conmigo ? Esperamos que no se habrá apresurado á aceptar mi convite. Acércame ese brazuelo de jabalí, Castelcicala, que no se aplaca un hambre de veinticuatro horas con medio faisán.

Y añadió volviéndose hacia la reina :

— ¿ No tenéis nada más que preguntarme, señora ?

— Sí, señor.

— Hablad.

— Quisiera me dijera V. M. lo que significa esta farsa.

Y así diciendo, señalaba á Ascoli con el dedo.

— ¿Qué farsa?

— ¡El duque de Ascoli vestido de rey!

— ¡Ah! es verdad; y el rey vestido de duque de Ascoli. Pero ante todo, sentaos. No me agrada comer sentado mientras que todos estáis en pie á mi alrededor: y sobre todo Sus Altezas reales, añadió el rey levantándose, volviéndose hacia las princesas y saludándolas.

— ¡Señor! dijo la princesa Victoria, cualesquiera que sean las circunstancias en que nos volvamos á ver, crea Vuestra Majestad que somos felices en verlo sano y salvo.

— Gracias, gracias. ¿Quién es ese teniente buen mozo que se atreve á parecerse á mi hijo?

— Uno de los siete guardias que habéis dado á Sus Altezas reales, dijo la reina; Mr. de Cesare es de una buena familia corsa, señor, y además la charretera ennoblece.

— Cuando el que la lleva no la degrada... Si Mack no me ha engañado, sobran en el ejército charreteras que deben cambiar de hombros. Servid bien á mis primas, señor de Cesare, y os guardaremos una de ellas.

Hizo el rey seña para que se sentaran, y obedecieron, aunque ninguno comió.

— Ahora, dijo Fernando á la reina, preguntad á

Ascoli por qué está vestido de rey y yo de Ascoli.

— Ascoli, cuéntaselo.

— No debo yo, señor, vanagloriarme del honor que me ha hecho V. M.

— Á eso le llama un honor. ¡Pobre Ascoli!... Pues yo os contaré el honor que le he hecho. Figuraos que esos miserables jacobinos habían dicho que me ahorcarían si caía en sus manos.

— Y son bien capaces de hacerlo.

— Ya lo veis, señora; también vos pensáis lo mismo... Como escapamos sin tener tiempo de disfrazarnos, en Albano dije á Ascoli: « Dame tu casaca y toma la mía, para que si esos canallas de jacobinos nos atrapan, crean que tú eres el rey y me dejen escapar, y cuando yo esté en salvo, les dirás que no eres el rey. » Pero el pobre Ascoli, añadió el rey soltando una carcajada, no había pensado en una cosa, y es que si nos hubieran cogido, no le habrían dado tiempo para explicarse, porque le habrían ahorcado reservándose el escuchar después su explicación.

— Sí, lo había pensado, señor, respondió el duque.

— ¿Lo habías pensado?

— Sí, señor.

— ¿Y á pesar de eso aceptaste?

— Precisamente por eso, como ya he tenido el honor de decir á V. M., dijo Ascoli inclinándose.

Sintióse el rey conmovido al ver adhesión tan noble y sencilla. Ascoli era, entre sus cortesanos, el que menos le había pedido, y por consiguiente al que menos había pensado dar.

— Ascoli, dijo el rey, ya te he dicho y te repito que te quedarás con esa casaca tal como está, con sus cordones y sus placas, en memoria del día en que te ofreciste en holocausto por tu rey, y yo guardaré la tuya como recuerdo de ese día. Si alguna vez tienes alguna gracia que pedirme ó un reproche que hacerme, ponte esa casaca y ven á buscarme.

— ¡Bravo, señor! exclamó de Cesare; esto es lo que se llama recompensar.

— Joven, dijo la princesa Adelaida, ¿olvidáis que tenéis el honor de hablar á un rey?

— Perdón, Altezas; nunca lo he olvidado menos que ahora, porque nunca he visto rey más grande.

— ¡Ah! dijo Fernando, este es un joven que promete. ¡Ven acá! ¿Cómo te llamas?

— De Cesare, señor.

— De Cesare, yo te digo que podrías muy bien ganar un par de charreteras arrancadas á los hombros de un cobarde, porque estoy seguro de que no te expondrías á pasar esta vergüenza. Te hago

capitán. Señor Actón, mandad que le den mañana el diploma y añadid una gratificación de mil ducados.

— ¿Vuestra Majestad me permitirá partirla con mis compañeros?

— Haz lo que quieras; pero ven á verme con las insignias de tu nuevo grado, para que pueda estar seguro de que se han cumplido mis órdenes.

El joven se inclinó, y volvió á su puesto.

— Señor, dijo Nelsón, permitidme que os felicite; esta noche habéis sido dos veces rey.

— Vaya por los días en que me olvido de serlo siquiera una, milord, respondió el rey con un acento que participaba de la malicia y de la franqueza, mezcla que hacía tan difícil juzgar su carácter.

Y añadió volviéndose al duque:

— Veamos, Ascoli, volvamos á nuestros carneros. ¿Está hecho el trato?

— Sí, señor, y el agradecimiento es todo mío, replicó Ascoli. Sólo pediré á V. M. tenga la bondad de devolverme una tabaquera de carey, que tiene el retrato de mi hija y está en un bolsillo de mi casaca, y yo os restituiré esta carta de S. M. el emperador de Austria, que Vuestra Majestad puso en este bolsillo, después de leer la primera línea.

— Es verdad, ya me acuerdo. Dámela, Ascoli.

— Hela aquí, señor.

— El rey tomó la carta y la abrió maquinalmente.

— ¿Está bueno nuestro yerno? preguntó la reina con cierta inquietud.

— Así lo creo, y pronto os lo diré fijamente, puesto que Ascoli me recuerda que la recibí al montar á caballo.

— ¿Y no habéis leído más que la primera línea? preguntó la reina.

— Nada más; en ella me felicitaba por mi entrada triunfal en Roma, y como el momento no era muy oportuno, pues la recibía en el momento de salir de ella poco triunfalmente, no me pareció bien perder el tiempo en leerla. Ahora es diferente, y si me lo permitís...

— ¡Ced, señor, dijo la reina inclinándose.

El rey empezó á leer; pero á la segunda ó tercera línea, su rostro se descompuso de repente y mudó de expresión.

La reina y Actón cambiaron una mirada, y sus ojos se fijaron con avidez en aquella carta que el rey continuaba leyendo con creciente agitación.

— ¡Ah! dijo el rey; por San Gennaro que esto es bien extraño, y á menos que el miedo no me haya hecho perder el sentido ..

— ¿Pero qué hay, señor? preguntó la reina.

— Nada, señora, nada... Su Majestad el emperador me anuncia una noticia que no esperaba.

— La expresión de vuestro rostro, señor, me hace temer que sea mala.

— ¡Mala! no os equivocáis, señora. Estamos en día de malas noticias, y como dice el proverbio... bien vengas mal, si vienes solo.

En aquel momento entró un lacayo, acercóse al rey y le dije al oído :

— Señor, la persona que V. M. me mandó buscar al apearse y que por casualidad estaba en San Lucio, espera á V. M. en su aposento.

— Está bien, respondió el rey; ya voy. Espera : infórmate si Ferrari... ¿ Era él el portador de mi último despacho?

— Sí, señor.

— Infórmate si aun está aquí.

— Sí, señor, é iba á partir cuando os ha visto llegar.

— Dile que no se mueva, porque lo necesitaré dentro de media hora.

El criado salió.

— Señora, excusadme si os dejo. Ya comprendéis que después de la carrera que acabo de hacer, tengo necesidad de reposo.

La reina hizo con la cabeza un signo de asentimiento.

Dirigiéndose entonces á las dos princesas, que no habían dejado de hablar en voz baja desde que vieron el mal estado de las cosas :

— Señoras, dijo, hubiera querido ofrecer os una hospitalidad más segura, y sobre todo más durable; pero en todo caso, si os vieseis obligadas á dejar mi reino, y no quisierais venir donde acaso tendremos que ir nosotros, yo no tendré la menor inquietud por Vuestras Altezas reales mientras tengan por guardias de corps al capitán de Cesare y sus compañeros.

Y dirigiéndose á Nelsón añadió :

— Milord, espero que mañana nos veremos, ó por mejor decir, hoy; ¿ no es verdad? En las circunstancias en que me encuentro, necesito conocer á los amigos con quienes puedo contar, y saber hasta qué punto debo contar con ellos.

Nelsón se inclinó, y dijo :

— Señor, espero que V. M. no dudará de mi adhesión ni de la simpatía de mi soberano, ni del apoyo que le prestará la nación inglesa.

Hizo el rey un signo que quería decir dos cosas á un tiempo :

— Gracias, y cuento con vuestra promesa.

Acercóse después á Ascoli, diciéndole :

— Amigo mío, no te doy las gracias, porque siendo tan sencillo lo que has hecho, según tú supones, no merece la pena.

Y añadió volviéndose al embajador inglés :

— ¿ Os acordáis, sir Hamiltón, de que en el momento de decidir esta desgraciada guerra, me lavé las manos como Pilatos ?

— Me acuerdo perfectamente, señor. El cardenal Ruffo tenía la palangana en que os lavasteis.

— Ahora bien, suceda lo que quiera, nada me importa. Es cuestión de los que todo lo han hecho sin consultarme, y que cuando me han consultado no han querido escuchar mis consejos.

Y dirigiendo una mirada de reconvención á la reina y á Actón, salió.

La reina se acercó á Actón.

— ¿ Habéis oído? le dijo. Ha pronunciado el nombre de Ferrari, después de leer la carta del emperador.

— Es verdad, señora; pero Ferrari no sabe nada. Todo se hizo mientras él dormía.

— No importá; será prudente desembarazarnos de este hombre.

— Nos desembarazaremos.

CAPÍTULO V

Donde Su Majestad concluye por no estar más enterado al fin que al principio.

El personaje que esperaba al rey en su aposento era el cardenal Ruffo, á quien acudía en todos los casos extremos, y al que tenía lugar en aquella ocasión agregábase una complicación inesperada que acrecentaba en el rey el deseo de consultarle. Así es que entró en la cámara, gritando :

— ¿ Dónde está, dónde está ?

— Heme aquí, señor, respondió el cardenal adelantándose.

— Ante todo, querido cardenal, perdonadme que os haya hecho levantar á las dos de la mañana.

— Puesto que mi vida pertenece á V. M., lo mismo son tuyas mis noches que mis días.

— Es que debéis saber que nunca he necesitado más la adhesión de mis amigos que en este momento.

— Y yo estoy orgulloso de que S. M. me cuente entre las personas de su confianza.

— ¿ No habéis sospechado lo que sucede al verme llegar de esta manera tan inesperada ?

— Supongo que el general Mack se ha dejado vencer.

— Y bien de prisa ; en una sola vez y de un solo golpe. Nuestros cuarenta mil napolitanos, según parece, han entrado todos en fuego.

— ¿ Necesito decir á V. M. que lo esperaba ?

— Y entonces ¿ por qué me aconsejasteis la guerra ?

— Vuestra Majestad recordará que yo ponía una condición.

— ¿Cuál ?

— Que el emperador de Austria marchara sobre el Mincio al mismo tiempo que V. M. sobre Roma ; mas parece que el emperador no se ha movido.

— Eminentísimo, ese es otro misterio para mí.

— ¿ Cómo ?

— ¿ Recordáis la carta en que el emperador me decía que en cuanto estuviese yo en Roma, él entraría en campaña ?

— Perfectamente ; la leímos, examinamos y comentamos juntos.

— Justamente debo tenerla aquí en mi cartera particular.

— ¡ Y bien ! señor.

— Y bien, leed esta otra carta que he recibido en Roma al poner el pie en el estribo, y que ahora acabo de leer, y si comprendéis algo, declaro no sólo que sois mucho más perspicaz que yo, lo que no es difícil, sino que sois brujo.

— Os suplico que os reservéis esa opinión, que podría comprometerme en Roma.

— Leed, leed.

El cardenal tomó la carta y leyó :

« Mi querido hermano y primo, tío y suegro, aliado y confederado... »

— ¡ Ah! dijo el cardenal interrumpiéndose, esta es de puño y letra del emperador.

— Leed, leed, dijo el rey.

El cardenal leyó :

« Dejadme ante todo felicitaros por vuestra entrada triunfal en Roma. El Dios de los ejércitos os ha protegido y le doy gracias por su protección, tanto más oportuna, cuanto que parece hay entre nosotros una mala inteligencia... »

El cardenal miró al rey.

— Ahora veréis, Eminentísimo ; todavía no habéis concluído.

El cardenal continuó :

« Decíme en la carta que me hacéis el honor de escribirme anunciándome vuestras victorias, que yo no tengo por mi parte más que hacer que cumplir mi promesa como vos habéis cumplido las vuestras, añadiendo que esta promesa consistía en mi entrada en campaña cuando vos llegaseis á Roma... »

— ¿ Os acordáis, Eminentísimo, de que el emperador mi yerno había contraído este compromiso?

— Me parece que estaba escrito con todas sus letras en su despacho.

Ahora vamos á verlo, dijo el rey, que acababa de encontrar en su cartera la carta en cuestión. Ahora juzgaremos y veremos quién se equivoca ; he aquí la carta de mi yerno ; continuad.

El cardenal continuó :

« No solamente no os he prometido eso, sino que por el contrario, os escribí diciéndoos que no entraría en campaña hasta la llegada de Souvorow y sus cuarenta mil rusos, que no se efectuará hasta el próximo Abril... »

— Ya veis que uno de los dos debe estar loco.

— Uno de los tres, porque yo la he leído, como Vuestra Majestad.

— Entonces continuad.

El cardenal continuó su lectura :

« Estoy tanto más seguro de lo que os digo, mi querido tío y suegro, cuanto que, según su recomendación, escribí la carta que tuve el honor de dirigirle, de mi puño y letra... »

— Ya lo veis; de su puño y letra.

— Es verdad; pero diré como V. M. que no entiendo jota.

— Ahora veréis, Eminencia, que no hay de la Augusta mano de mi yerno, más que el sobre, el encabezamiento y la salutación.

— Me acuerdo perfectamente.

— Continúad.

El cardenal continuó :

«... Y que, para no separarme en nada de lo que había tenido el honor de decir á V. M., mandé á mi secretario sacar copia, que os envío, á fin de que la comparéis con el original, y os convenzáis de que no podía haber en mis palabras el menor equívoco que pudiera induciros á semejante error. »

El cardenal miró al rey.

— ¿ Comprendéis algo? le preguntó Fernando.

— Lo mismo que vos, señor; mas permitidme que llegue hasta el fin.

— ¡ Seguid, seguid! ¡ ah! ¡ estamos frescos, mi querido cardenal!

« Y como tenía el honor de decir á V. M., continuó Ruffo, soy doblemente dichoso de saber que la Providencia haya bendecido vuestras armas; pues si en lugar de una victoria hubiese tenido una derrota, me hubiera sido imposible, sin faltar á los compromisos contraídos por mí con las potencias confederadas, ir á socorrerle, y me hubiera visto obligado, con gran sentimiento mío, á abandonarle á su mala suerte; lo que hubiera sido para mi corazón una desesperación extrema que, por fortuna, la Providencia me ha evitado concediéndole la victoria... »

— Sí, la victoria, dijo el rey, ¡ hermosa victoria!

« Y ahora, recibid, mi querido hermano y primo, tío y suegro... »

— ¡ *Etcétera, etcétera!* interrumpió el rey. ¡ Ah!... Y ahora, mi querido cardenal, veamos la copia de

la pretendida carta, cuyo original afortunadamente conservo.

Esta copia estaba efectivamente incluida en la carta.

Era la copia del despacho abierto por la reina y Actón, que le habían reemplazado por otro. Ruffo la leyó.

— Y ahora que acabáis de leer la supuesta copia, dijo el rey, leed el original, y veréis como dice lo contrario.

Y alargó al cardenal la carta falsificada que leyó en alta voz como había hecho con la primera.

El cardenal se quedó pensativo después de acabar su lectura.

— Y bien, Eminentísimo, ¿ qué pensáis de eso ? dijo el rey.

— Que el emperador tiene razón y V. M. también.

— ¿ Lo cual significa ?...

— Que hay en todo esto, como V. M. ha dicho, algún misterio terrible, ó más que un misterio, una traición.

— ¡ Una traición ! ¿ Y quién tendría interés en hacérmela ?

— Eso es preguntarme el nombre de los culpables, señor, y yo no los conozco.

— ¿ Pero no sería posible conocerlos ?

— Busquémoslos ; yo no tengo inconveniente en ser el sabueso de V. M. ; y conforme Júpiter ha encontrado á Ferrari... Y á propósito de Ferrari, señor, no sería malo interrogarle.

— Esa ha sido mi primera idea ; y así le he advertido que estuviera dispuesto.

— Entonces será bueno que V. M. le haga venir.

El rey llamó ; presentóse el mismo lacayo que fué á hablarle en la mesa.

— ¡ Ferrari ! preguntó el rey.

— Aguarda en la antecámara, señor.

— Hacedle entrar.

— Vuestra Majestad me ha dicho que estaba seguro de este hombre.

— Es decir, Eminencia, que os he dicho que creía estarlo.

— Pues bien, yo iré más lejos que V. M., estoy seguro de él.

Ferrari apareció en la puerta, con botas y espuelas, dispuesto á partir.

— Ven aquí, guapo mozo, le dijo el rey.

— Á la orden de V. M. ¿ Están mis despachos, señor ?

— No se trata de despachos esta noche, amigo mío, dijo el rey ; trátase solamente de responder á nuestras preguntas.

— Estoy pronto, señor.

— Interrogad, cardenal.

— Amigo mío, dijo Ruffo al correo, el rey tiene la mayor confianza en vos.

— Creo haberla merecido por quince años de buenos y leales servicios, monseñor.

— Por eso el rey os ruega que reunáis todos vuestros recuerdos, y tiene á bien advertiros por mi boca que se trata de un asunto importantísimo.

— Aguardo vuestras órdenes, monseñor, dijo Ferrari.

— ¿Recordáis bien todas las circunstancias de vuestro viaje á Viena? preguntó el cardenal.

— Como si ahora mismo llegara, monseñor.

— ¿Fué el emperador en persona quien os entregó la carta que trajisteis al rey?

— El mismo, monseñor, y ya he tenido el honor de decírselo á V. M.

— ¿Dónde guardasteis la carta del emperador?

— En este bolsillo, dijo Ferrari abriendo la chaqueta.

— ¿Y dónde os detuvisteis?

— En ninguna parte, excepto para mudar de caballo.

— ¿Dónde habéis dormido?

— No he dormido.

— ¡Hum! dijo el cardenal; pero yo he oído decir — vos mismo lo habéis dicho — que os había sucedido una desgracia.

— En el patio de palacio, monseñor; caí del caballo, fui á dar con la cabeza contra un poste y me desmayé.

— ¿Dónde recobrasteis los sentidos?

— En la botica.

— ¿Cuánto tiempo habéis estado sin conocimiento?

— Es fácil calcular, monseñor. Caí del caballo á eso de la una ó la una y media de la madrugada, y cuando volví á abrir los ojos, empezaba á amanecer.

— Á principio de Octubre empieza á amanecer á eso de las cinco y media de la mañana; ¿de modo que habéis estado desmayado cerca de cuatro horas?

— Cerca, sí, monseñor.

— ¿Quién estaba á vuestro lado cuando abristeis los ojos?

— Monsieur Richard, secretario de Su Excelencia el capitán general, y el cirujano de Santa María.

— ¿No sospecháis que hayan tocado á la carta que teniais en el bolsillo?

— Cuando me desperté, lo primero que hice fué

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

llevar la mano al bolsillo, y la carta estaba allí. Examiné el sello y el sobre, y me parecieron intactos.

— ¿Luego teníais alguna duda?

— No, monseñor, obré instintivamente.

— ¿Y después?

— Después, monseñor, como el cirujano de Santa María me había curado durante mi desmayo, me hicieron tomar una taza de caldo; salí y entregué la carta á S. M. Además, vos estabais allí, monseñor.

— Sí, mi querido Ferrari, y yo creo poder afirmar al rey, que en todo este asunto os habéis portado como bueno y leal servidor. Es cuanto se deseaba saber de vos, ¿no es verdad, señor?

— Sí, respondió Fernando.

— Su Majestad os permite que os retiréis, amigo mío, y os vayáis á descansar.

— ¿Me atreveré á preguntar á S. M. si he merecido en algo su desagrado?

— Al contrario, mi querido Ferrari, dijo el rey, al contrario, ahora más que nunca eres el hombre de mi confianza.

— Es cuanto deseaba saber, señor; pues es la única recompensa que ambiciono.

Y se retiró satisfecho de la seguridad que le daba el rey.

— ¿Y bien? preguntó Fernando.

— Y bien, señor, si ha habido sustitución de carta ó cambio hecho en ella, ha sido durante el desmayo de ese infeliz.

— Pero, como él mismo os ha dicho, Eminentísimo, el sello y el sobre estaban intactos.

— Un molde de sello es fácil de tomar.

— ¿Habrán falsificado la firma del emperador? En tal caso, el que lo ha hecho es un hábil falsario.

— No ha habido necesidad de falsificar la firma del emperador, señor.

— ¿Cómo se han arreglado entonces?

— Notad, señor, que yo no os digo lo que han hecho.

— ¿Pues qué me decís?

— Digo á V. M. lo que hubieran podido hacer.

— Veamos.

— Suponed, señor, que hayan buscado ó hayan mandado hacer un sello que representase la cabeza de Marco Aurelio.

— ¿Y después?

— Hubieran podido ablandar la cera del sello á la luz de una bujía, abrir la carta, doblarla así...

Y Ruffo la dobló efectivamente como lo había hecho Actón.

— ¿Y para qué doblarla así? preguntó el rey.

— Para poner á cubierto el encabezamiento y la firma; luego con un ácido cualquiera han podido borrar lo escrito y en lugar de lo que había, poner lo que hay.

— ¿Creéis que eso sea posible, Eminencia?

— Nada más fácil, y aun diré que eso explicaría perfectamente, señor, una carta de letra desconocida entre un encabezamiento y una salutación de letra del emperador.

— ¡Cardenal, cardenal! dijo el rey después de haber examinado la carta con atención, sois un hombre muy hábil.

— Y ahora, ¿qué opináis que debe hacerse? preguntó el rey.

— Dejadme el resto de la noche para pensar en ello, replicó el cardenal, y mañana volveremos á hablar.

— Mi querido Ruffo, dijo el rey, no olvidéis que si no os hago primer ministro, es porque no soy dueño de hacerlo.

— Estoy tan convencido de ello, señor, que no siéndolo, guardo á V. M. el mismo agradecimiento que si lo fuese.

Y saludando al rey con su respeto acostumbrado, el cardenal salió, dejando á S. M. absorto de admiración hacia él.

CAPÍTULO VI

Donde Vanni se acerca al objeto que ambicionaba tanto tiempo hacía

Seguramente se acordará el lector del encargo que el rey Fernando había hecho en una de sus cartas á la reina. Este encargo consistía en no dejar mucho tiempo en prisión á Nicolino Caracciolo dar prisa al marqués Vanni, procurador fiscal, para que instruyese lo más pronto posible su proceso. Esperamos que el lector no se habrá engañado sobre la intención del susodicho encargo y no lo habrá atribuido á filantropía. ¡No! el rey, lo mismo que la reina, tenía sus motivos de odio; recordaba que el elegante Nicolino Caracciolo, bajando del Pausilipo al golfo de Nápoles para obsequiar á Latouche-Tréville y á sus marinos, había sido uno de los primeros en romper la tradición abandonando los polvos, inmolando su coleta á las nuevas ideas y dejándose crecer las patillas,